

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

La verdad.

Vamos á publicar un hecho que llenará de pasmo y admiración á nuestros lectores y, no obstante, ese hecho se reproduce en el tiempo y en el espacio con una frecuencia no menos pasmosa que irritante, en tal forma y con señales tan visibles que hasta los ciegos lo ven. El hecho se que una madre jóven y hermosa, dotada de maravillosa fecundidad, concibe, y siempre dá á luz un hijo feo, deforme, monstruoso. Esa madre es la verdad, y el hijo que ella engendra es el ódio. Vulgar es el axioma latino: *Veritas odiüm parit*. La verdad engendra el ódio. Entiéndase que la verdad no engendra de sí el ódio, ó que el ódio no brota de la verdad como la flor de su tallo, como la tela de la araña, co-

mo el sér vivo de las entrañas del principio viviente, sino que la verdad de suyo tan bella, en vez de hallar amoroso albergue en el corazon humano, suele ser odiada, perseguida y calumniada por los hombres que se llaman sábios así como por los que desean vivir sin freno, ó satisfacer depravados apetitos. La luz de la verdad molesta á los que quieren obrar mal. *Qui malé agit, odit lucem*. Nada mas odioso que la verdad; nada mas comun que la ficcion y la mentira. La verdad parece una proscrita, y su vida es milicia trabajosa sobre una tierra donde crecen y prosperan la simulacion y el engaño. Vivimos en el siglo de las mentiras. En ningun tiempo fué la verdad tan odiada como en el nuestro, y jamás se cultivaron como ahora las artes de la men-

tira, del fraude y de la seducción.

Si bien se mira, todos los siglos cristianos se han distinguido los unos de los otros por una nota predominante, por un signo especial, por un predicado moral que ha impreso en cada uno de ellos un sello indeleble, y les ha dado un nombre peculiar en la historia. Así vemos que el primer siglo de la era cristiana se llama *siglo prodigioso*, el segundo *victorioso*, el tercero *solitario*, el cuarto *docto*, el quinto *bárbaro*, el sexto *contradictor*, el séptimo *ignorante*, el octavo *ruinoso*, el nono *extravagante*, el décimo *político*, el undécimo *envidioso*, el duodécimo *miserable*, el siglo trece *disputador*, el catorce *cruel*, el quince *cismático*, el diez y seis *herético*, el diez y siete *filosófico*, el diez y ocho *impío* y nuestro siglo sobre todos *mentiroso*. Prevalece la mentira en las ideas y en el lenguaje moderno. Hoy se llama ciencia á la ignorancia, bien al mal, virtud al vicio, libertad á la licencia, patriotismo á la grangería. Todos los nombres están mintiendo, y es preciso entender al revés las palabras para no ser víctimas de la seducción. Nada mas comun que llamar fanatismo á la piedad, oscurantismo á la fé, antiguallas á las prácticas católicas, cadenas del espí-

ritu humano á los dogmas, *rompe-cabezas* á los mas sublimes misterios; y en cambio oímos á toda hora pregonar como nobles y gloriosas conquistas de nuestro siglo los mayores absurdos y los hechos mas deshonorosos.

Si descendemos ahora á la vida práctica, veremos el abominable reinado de la mentira en las relaciones sociales. Penetrando en los palacios y examinando la vida de los grandes, descúbrese ausencia completa de sinceridad, y solo se cultivan las artes de la adulacion, del fingimiento, de la hipérbole, de la suplantacion, del dolo y de la intriga. Las alabanzas y los vituperios se prodigan hoy segun los vientos que soplan, y con la misma facilidad se fabrican ídolos y se derriban. Si es hoy un poderoso el que ayer vivia en la miseria, se verá rodeado de aduladores. Si cae de su poder ó pierde sus riquezas, se verá solo y despreciado.

Nada mas difícil que conocer la talla de los ídolos modernos. Las mil trompetas del periodismo liberal se encargan de pregonar las mentiras que se fabrican en los talleres de la revolucion. Las *especialidades* y las *eminencias* brotan en el fecundísimo campo de la libertad moderna como los puerros y las cebollas en nuestras

heredades. Ese escritor que despedaza el Diccionario y desgarrar el idioma, será ensalzado como literato *eminente*, mas sábio que San Agustín, y mas docto que Plinio; ese orador que ultraja á la verdad, destroza la dialéctica, y conculca las leyes de la elocuencia, será preconizado digno émulo de Cicerón y Demóstenes, mas gracioso que Hortensio, rey de la tribuna moderna, el primer orador del mundo; ese militar adocenado que quizá debe su encumbramiento á la violación de la ordenanza, al favor, á sublevaciones afortunadas, se verá elogiado como bizarro caudillo, como valiente y entendido militar, como un héroe de la pátria; ese artista que nada hizo por el arte, cuyo génio nadie ha visto, que ha llamado la ateneion pública por alguna obra pornográfica escandalosa, verdadera prostitucion del buril, del pincel ó de la pluma, será, á decirlo con los panegiristas revolucionarios, mas ingenioso que Dédalo, mas apreciable que Apeles y Praxiteles, mas sublime que Rafael y Murillo, mas grande que Petrarca y el Dante. No se trata de aquilatar el mérito sino de fabricar ídolos para seducir á las gentes y explotarlas.

Si penetramos en los tribuna-

les, veremos negada la verdad, triunfante el perjurio, burlada la justicia, adoptada la parcialidad, intentado el soborno, y alguna vez consentida la seducción, embrollados los negocios mas claros, oscurecida la luz de la verdad, y violado el derecho.

La sabiduría de este siglo, dice San Gregorio. (Lib. 24 Mor. capítulo 6,) consiste en el arte de ocultar los pensamientos y velar con palabras finjidas los sentimientos del corazón, en decir lo que no se cree, y en obrar lo contrario de lo que se siente. La perversidad de espíritu se llama urbanidad, y talento el arte de las suplantaciones inicuas. Mienten los labios lo que no está en el corazón. *Aliud verbis produnt quam mente volutant* (Homero, lib. 1.º Iliad.)

Si penetramos en los sitios públicos, y examinamos las costumbres modernas, veremos igualmente desterrada la verdad, y triunfante la mentira. Todo es simulacion, engaño, artificio, hipocresía; todo es un perpétuo carnaval en que cada uno lleva la máscara que necesita para ocultar lo que es, y pasar por lo que no es. No busqueis en el mundo de los espectáculos y diversiones la sencillez, el candor, la franqueza, la sinceridad. Son

virtudes sociales de otros tiempos, calificados hoy de fanáticos, oscurantistas, inquisitoriales, con tanta verdad como la que resplandece en los astros masónicos donde se escribe el moderno vocabulario.

Es en vano que tratemos de poner en relieve los embustes, los engaños, y fraudes de todo género que se cometen en los contratos y negocios. La codicia no respeta leyes humanas ni divinas. La mentira, con tal que sea útil, se emplea como el medio mas eficaz para hacer negocio. No hablemos de adulteraciones. Hoy no podemos, sin temor de equivocarnos, llamar pan al pan y al vino vino. El desorden ha llegado á un extremo que espanta. Nuestra salud, nuestra vida está á merced de lo especuladores. La adulteracion de los alimentos hace mas víctimas que las guerras y las pestes.

No hablemos de la amistad: es una bella palabra. El nombre se prodiga, pero la fidelidad no existe. *Vulgare amici uomen, sed rara fides.*

En otro tiempo hubo vicios sociales, y no se vociferaba como hoy libertad, igualdad, fraternidad, humanidad, pero cualquier Teseo encontraba su Pírito, cualquier Aquiles su Patroclo, y todo

Pírides su Orestes. Las amistades modernas no son otra cosa que un mero aparato de ceremonias. En otro tiempo se dijo: *Amicorum omnia fiunt communia.* Hoy nada es mas comun entre los que se dicen amigos que la falsía, la suplantacion y la ingratitude. Detestemos toda mentira y simulacion porque son abominables á los ojos de Dios. *Abominatio Domini est omnis illusor,* dice el Sábio.

La moral cristiana que condena todos los vicios y prescribe todas las virtudes, nos manda que seamos sinceros en todas nuestras relaciones sociales, y que en todas ellas resplandezca la verdad. La sinceridad y la veracidad son virtudes que hoy escasean entre nosotros, y por eso nos miramos como enemigos, en vez de tratarlos como hermanos. Los Egipcios, para simbolizar la sinceridad, pintaban un corazon ceñido con una lengua humana, y con esta figura simbólica aprendía el pueblo que la palabra ó el lenguaje debe estar en consonancia con los sentimientos del corazon. Que hable la lengua lo que siente el corazon, que la palabra sea la expresion fiel del pensamiento, y esta santa sinceridad, fundamento y garantía de la probidad, estrechará los corazones y des-

terrará todo recelo, toda desconfianza, y toda falsía, siendo además prenda segura de progreso moral, y camino recto para llegar felizmente á la pátria de las eternas alegrías.

Z. M.

Pensamientos escogidos.

La Iglesia fué siempre la verdadera defensora de los intereses del pueblo.

Cuando los tiranos se llamaron Neron y Domiciano, ella derramó su sangre en los circos para defender la libertad: cuando se llamaron Marát y Robespierre, la derramó en la guillotina para defender la justicia y la virtud.

He aquí este Corazon que tanto ha amado á los hombres, que no ha omitido nada hasta agotarse y consumirse por demostrarles su amor. Y de la mayor parte no recibo en agradecimiento más que ingratitudes, irreverencias y sacrilegios, tibiezas y desprecios en este Sacramento de amor. — (*Jesucristo á la B. Margarita Maria.*)

Dióme á entender Jesús que no se me daban á gustar las riquezas de este Corazon para mí solo, sino para que por mí las gustasen otros. Pedí á toda la Santísima Trinidad la consecucion de nuestros deseos, y pidiendo esta fiesta en especialidad para España, en que ni aun memoria parece hay de ella, me dijo Jesús: *Reinaré en España, y con más veneracion que en otras partes.* — (*P. Bernardo de Hoyos.*)

Dedicándose todos los fieles al Divino Corazon de Jesús, afirmarán mas claramente la unidad de la Iglesia sacrosanta, hallarán en este Corazon el refugio mas seguro contra los peligros que rodean las almas, y encontrarán, además, la paciencia en medio de las tribulaciones que hoy sufre la Iglesia de Jesucristo, la esperanza mas firme, y el consuelo en todas las amarguras de la vida. — (*Pío IX; Decreto de Consagracion del mundo entero al Sagrado Corazon.*)

Como este Apostolado no puede recibir eficacia mas que de aquel que une en sí mismo una caridad infinita á un poder sin límites, es grandísima la oportunidad con que habeis formado el designio Vos, queridos hijos y vuestros asociados, de encaminar, mediante el *Mensajero del Corazon de Jesús*, los pensamientos y los afectos de los fieles hácia el sacratísimo Corazon de Jesús, de donde la Iglesia ha salido como de su fuente, y en el cual se encuentra una caridad inefable. — (*Leon XIII; Breve á los directores del Apostolado de la Oracion y redactores del Mensajero de Toulouse.*)

Si se echa tarde la semilla de esta devocion, no importa. El Señor mirará con benignidad á nuestra tierra, dotándola de tan generosa fecundidad, que supla largamente las demoras del tiempo con la abundancia del fruto. Aunque España comience la última en su carrera, podrá su alentado fervor alcanzar, y por ventura pasar con el favor divino á los primeros. — (*P. Peñalosa.*)

Empecé á leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave, y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor Sacramentado, á ofrecerme á su Corazón para cooperar cuanto pudiese, á lo menos con oraciones, á la extensión de su culto.

No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente (4 de Mayo) al Señor en la Hostia consagrada, me dijo clara y distintamente que quiere por mi medio extender el culto de su Corazón sacrosanto, para comunicar á muchos sus dones por su Corazón adorable y reverenciado.—(*Padre Bernardo de Hoyos.*)

—=—

El corazón que se une al Corazón de Jesús no puede menos de amar y aceptar suavemente las flechas que la mano de Dios lanza sobre él.—(*San Francisco de Sales.*)

—=—

¡Qué tonto era!

I.

Hace mucho tiempo que habia prometido á mi amigo Eugenio B. ir á pasar algunos dias en su compañía.

Eugenio es médico: lleva cinco años establecido en una de las mas bonitas ciudades de los Vosgos. Casado con la hija única de un anciano doctor que, durante treinta años, ha sido la providencia del país, Eugenio se esfuerza en reemplazar dignamente á su suegro, que se ha dedicado al descanso; y verdaderamente lo ha logrado. Salvo un poco

menos de práctica, Eugenio tiene todas las cualidades que hacian amar al buen doctor; seguridad en el golpe de vista, cuidado con los enfermos, devoción á prueba, bondad para los pobres, y otras mas. Para ser un buen médico, es preciso ser casi un santo.

Acabábamos de desayunarnos en familia: hacia un tiempo espléndido; fuimos á tomar el café al jardín, á la sombra de unos árboles en donde, desde que llegamos, encontramos al cura de la parroquia, un hombre aun, jóven de modales muy distinguidos y que me gustó mucho á primera vista. Venia á visitarme como amigo á Eugenio y á los suyos.

Todos los presentes, especialmente Eugenio, le acogieron con una cordialidad que me causó gran satisfacción; yo conocia á Eugenio hace pocos años é ignoraba sus convicciones religiosas: así es que ví con gusto que estuviesen de acuerdo con las mías.

El cura estaba con nosotros un cuarto de hora escaso, cuando su sirvienta vino á llamarle en nombre de un enfermo: nos dejó en el acto.

«¿Qué le parece nuestro cura? me preguntó Eugenio.

—Me gusta mucho, le respondí, y veo con satisfacción que á V. le sucede lo mismo.

—Es mi mejor amigo, replicó: y decir que si hubiese venido á mi casa hace seis años, le habria cerrado la puerta! Cuando digo á él, me refiero á todos los sacerdotes del mundo, les odiaba, y por encima de todo, les tenia miedo.

—Es posible?

—Nada mas cierto. Espere V., niugu-

na persona indiscreta nos escucha, mis enfermos no me esperan hasta dentro de una hora; quiero referir á V. esta pequeña historia, pues trataré de ser breve.

—No, no, detalles! amo mucho los detalles en estas historias del alma, las mas interesantes de todas.

Los tendrá V., aunque no serán excesivos. Comienzo.

«Mi padre era jnez de paz en S..., un juez de paz muy considerado y lo merecia; no se puede imaginar un hombre mas integro, mas conciliador. Cuanto á mi madre, cuando murió, era yo demasiado jóven para que hubiese podido ejercer ninguna accion sobre mí. Mi padre tuvo que encargarse del cuidado de mi educacion. Largo tiempo se ocupó en ella él solo, con un placer y con un amor que no sabia explicar. Yo le correspondia con un respeto y una ternura sin límites; cuando mi padre habia dicho alguna cosa, era para mí la expresion de la verdad misma; yo me adelantaba á sus menores deseos.

«Mi padre tenia fé, ó no la tenia?... No sabia decirlo: me inclino á creer que la tenia, pero no queria confesársela á sí mismo, por el temor de verse obligado á llegar á la práctica religiosa, la cual le costaba. Creer en Dios, admirar su bondad y su poder, ensalzar la virtud y aun practicarla hasta cierto grado, se le hacia fácil y, puede decirse, natural; pero confesar, comulgar y ayunar, eran obligaciones que no las queria para él. Cuando se le hablaba de someterse á ellas, se enojaba enseguida, á pesar de su habitual paciencia. Todas las pres-

cripciones de la Iglesia, los sacramentos mismos, eran, decia, invenciones del clero, que basaba en ellos su influencia y sus rentas. Segun su manera de ver, los sacerdotes eran gentes sin conviccion, ambiciosos, hombres de los cuales era preciso desconfiar por todo y siempre. Apenas admitia algunas excepciones y las hacia en favor de jóvenes presbíteros, que iban de buena fé, decia, pero no sabian lo que hacian y se dejaban engañar por sus superiores.

Tan lamentables opiaiones no me eran inculcadas por mi pobre padre con propósito deliberado; pero las sostenia delante de mí, y como yo tenia por él y por sus ideas un respeto ciego, á los 15 años participaba de todas sus preocupaciones. Estas me siguieron á la Escuela de medicina, y como puede usted pensar, no hicieron mas que ir aumentando. Poco á poco llegué á un grado tal de locura que, cuando me establecí como médico á algunas leguas de esta ciudad, hace ocho años, un sacerdote era á mis ojos un hombre deshonesto ó un imbécil: en ambos conceptos le despreciaba, sobre todo le huía.

En tan tristes disposiciones, no podia menos de insultar en la casa al Cura de la parroquia en donde acababa de instalarme; esto es lo que hice. Este cura, que verá V. uno de estos dias, es un sacerdote muy instruido, celoso, pero enfermo, su aire tímido, modesto, absorbido me hizo declarar en seguida que no pertenecia á la categoria de los engañados, sino de los engañadores. Tampoco le envié á decir por otro lo que pensaba de él: suprimi la visita de lle-

gada; cuando en el camino, me saludó, respondí de suerte que comprendiera que no admitía su saludo. El buen cura perdonó la ofensa. Para no causar escándalo, evitó encontrarse en mi camino. Mi conducta era innoble, convengo en ello; sin embargo, ¡á dónde conducen las preocupaciones! Usted las oirá peores, mi pobre amigo.

Interin, murió mi padre, á consecuencia de una apoplejia que concluyó con él en pocas horas, aunque tuvo tiempo de reconciliarse. Nuestra anciana doméstica, mujer piaçosa y devota, llamó á un sacerdote; Dios tuvo piedad de este hombre de corazon y le abrió los ojos en sus últimos momentos.

Esta conversion debió enmendarme, pero me hizo poca impresion, mis preocupaciones eran demasiado tenaces y, lo confieso francamente, me gustaban demasiado para que las dejase; cuando no se quiere á los sacerdotes, cuando no se hace caso de ellos ni de la verdad que enseñan se está dispensando de muchas cosas y se puede uno permitir otras muchas. Yo me preciaba de imparcial; pero en el fondo de mi alma habia mucha pasion, digamos la palabra, por vergonzosa que sea, habia mucho ódio. Semejante á otros muchos, yo sostenia que no podia creer; faltaba á la verdad: yo no queria creer.

Tambien mi antipatia á las cosas en general y á mi párroco en particular, no era una antipatia tranquila; tenia prisa de encontrarle faltas. Y es que ejercia una profesion que me ponia sin cesar en relaciones con el clero, me prometia cogerte en fragante delito de todas las fal-

tas que le acusaban. Me gozaba de antemano el confundirle, y aseguro á usted con toda franqueza que habia caido en una especie de locura anti-religiosa. Hé aquí como el buen Dios tuvo piedad de mí y me iluminó.

II.

Una hermosa tarde de Otoño volvia yo de visitar á un enfermo que habitaba á una considerable distancia de mi residencia. Iba á pié y andaba á lo largo de un estrecho valle por encima del cual se extendia una pequeña aldea distante cerca de 500 metros; delante de mí caminaban dos hombres: el uno el cura del lugar, sin duda leia su breviario; 50 pasos mas lejos, un viajero, un obrero, avanzaba describiendo zig-zags que indicaban evidentemente un estado de embriaguez. Yo habia visto á este mozo en el meson de la aldea en donde me habia detenido y estaba bebiendo; el sol, el vino y la marcha habian producido su efecto.

Quando el cura pasó cerca de él, se irguió con la majestad ridicula de un borracho que quiere pronunciar una arenga: la suya se componia de una série de injurias enderezadas al Sacerdote. Este pasó sin fijar su atencion; pero el desgraciado, á fuerza de gesticular, perdió el equilibrio. Un arroyo encajonado en la peña corria á un metro por debajo de él; cayó lanzando un grito tal que juzgé se habia aerido gravemente.

(Continuará.)